



DE LITERATURA Y
VARIEDADES

Nº 3

Quito, Junio de 1905.

SUMARIO:

El periodismo, por Zolla Ugarte de Landívar.—
A la Sra. Dña. Mercedes G. de Moscoso, por Carolina Febres Cordero de Arévalo.—*Educación*, por Dolores Flor.—*Hoja de ciprés*, por Delia C. de González.—*Doble Sacrificio*, por Mercedes González de Moscoso.—*Postal*, por Ana María Albornoz.—*Carta íntima*, por Lucila Montalvo.—*Condolencia*, por Isabel D. de Espinel.—*¡Pobre María!*, por María Natalia Vaca.—*Ayes de Eloísa*, por Clorinda M. Chiriboga.—*A María Antonieta Stagg Aguirre*, por Dolores Sucre.—*Ambato*, por Zoila Ugarte de Landívar.—*En el campo*, por Rosario Carrión Burneo.—*Variadas. Notas.*

Imp. de la Sociedad "Gutenberg", por Francisco E. Valdez.

ECUADOR



LA MUJER

CA. NACIONAL
DEL ECUADOR

Revista Mensual de Literatura y Variedades

AÑO I

QUITO, JUNIO DE 1905

NUMERO 3

El periodismo

El periodismo es un sacerdocio; las aras de la Prensa deben ser sagradas, no sacrifique en ellas ni el pícaro, ni el venal, ni el ignorante.

El periodista como el historiador ha de ser imparcial en sus juicios y delicado en sus críticas, si trata de corregir algún vicio por medio del ridículo; valiente cuando defiende la verdad y entusiasta en la propaganda de las ideas que tienden al mejoramiento común.

El periodista es el representante de las masas, el portavoz de las inspiraciones de un pueblo, el pregonero de sus necesidades, el paladín de sus derechos.

El periodista lleva sobre sí una gran responsabilidad: todo lo escrito en letras de molde es para el ignorante artículo de fe.

Los impresos sugestionan al pueblo y no sólo al pueblo: cuantas veces oímos una buena idea expresada verbalmente por alguna persona sensata y no hacemos causal de ella; pero veámosla formulada en letras de imprenta, en renglones muy apretados, en majestuosas columnas y nuestros ojos se irán tras ella y nuestro entendimiento también.

He aquí el sumario:

Una palabra, por la Dirección.—Cervantes!, por Víctor M. Arriegui.—Cervantes, por Celiano Monge.—Cervantes y Montalvo, por Roberto Andrade.—A Cervantes, por M. A. Fernández Córdova.—Dos Genios, por Angel R. Porras.—El Quijote, por Alejandro Andrade C.—El Quijote, por B. Quevedo — Inscrición, por José Antonio Calcaño.—Mi contingente, por Aparicio Ortega.—A Cervantes, por Rosendo Uquillas B.—La mujer ante Cervantes, por Segundo M. Rivera.—Prontísima reparación, por Nuno P. Llona.—Notas.—Ilustraciones.

LAS RR.

«**La mujer**» agradece de la manera más cordial el cortés saludo y las palabras de aliento, que todos los órganos de la prensa nacional le han dirigido con motivo de la publicación del primer número. Tan nobles sentimientos, en favor del bello sexo, son propios de almas generosas, y que como tales nunca pueden abrigar egoísmo.

Ha recibido puntualmente los canjes.

Invitación.—Hemos recibido varias composiciones remitidas de algunas capitales de Provincia, las mismas que serán publicadas en los números próximos de la Revista. Aprovechamos la ocasión para manifestar que sus páginas están á la disposición de todas las señoras y señoritas que cultivan las letras en el Ecuador, con tal que sus producciones no vengan suscritas con pseudónimos.

—El Sr. Puig, profesor de Litografía en la Academia de Bellas Artes, ha mejorado la portada de esta Revista; le enviamos nuestros aplausos y reconocimiento.

Dirección.—«La Mujer».—Quito, Ecuador.—Apartado N° 203.



El ascendiente que la prensa tiene sobre las sociedades podríamos llamarlo hipnótico.

La hoja volante, el periódico, es para el pueblo que no va á las bibliotecas, ni puede comprar libros: allí bebe él sus ideas, nutre su entendimiento y hasta modela allí sus sentimientos.

Al periodista debería exigírsele títulos que acrediten su competencia, así como se les exigen á los que ejercen cualquier otra profesión.

Del mismo modo que hay escuelas de pedagogía, podría haberlas de periodismo; no para tasar las ideas, ni reglamentar el estilo, porque eso sería limitar la obra de Dios, cortar las alas al espíritu, valdar la espontaneidad, atar lo que no cabe en el espacio, pero sí para dar dirección á esas soberanas facultades del alma.

Hombre sin instrucción ó de malos sentimientos no debe ser periodista: consentírsele es lo mismo que entregarle una arma de precisión á un loco comprobado y autorizarle para que hiera á mansalva á quien mejor le parezca.

Si un desequilibrado cualquiera emite sus doctrinas tal como las concibe su cerebro enfermo, hace propaganda de ellas, porque no hay duda de que la idea, engendra la idea.

Muchas veces los instintos dormidos del criminal, han despertado por instigación ajena.

Nadie conoce el número de bandidos que han hecho su aprendizaje en los crímenes espeluznantes, relatados en letras de molde.

El periodista ha de tener talento para que sus juicios sean rectos, ha de poseer buen corazón para que su pluma no se moje jamás en la tinta de la calumnia y la diatriba infames; ha de ser valiente para arrostrar los peligros y encararse con la multitud de los necios, enemigos eternos de todo lo noble y bueno.

Se dice que el hombre es animal de costumbres, y en efecto lo es; habituémos á nuestra sociedad á leer sólo aquello que es culto y pronto rechazará lo innoble por repugnante, y no habrá quien sostenga á los periodistas deslayados.

El gusto se pervierte si nos acostumbramos á ver cosas feas ó deformes y el gusto se pule, si tenemos siempre ante nosotros obras bellas y armoniosas.

Lo mismo sucede con el alma: la imaginación y el

entendimiento se estragan con las malas lecturas, se pulen y se desarrollan con las buenas.

El periodismo lo abarca todo, ciencias, artes, costumbres, etc.

Desterremos de él todo lo bajo y ruin, no describamos la fealdad moral, si no es para anatematizarla; no nos valgamos de la Prensa para adular, para calumniar, para extraviar el criterio del público.

Allí está la noble idea para que campée en esas hojas nítidas ayer, heraldos hoy de todos los adelantos de la humanidad.

La idea, el alma de todo lo que hiere nuestra vista! La idea el alma del hombre exteriorizada por medio de esas patitas de mosca que se llaman letras.

Grande es la misión del periodista: él selecciona, crea y arma á ese titán, el periódico, con el martillo de la crítica justa, con el escudo y la lanza de Minerva y cual á otro Don Quijote, le envía por el universal campo de la Mancha, para que venga a agravios, enderece tuertos, de lecciones á sanchos y mandobles á los insolentes que se le opongan al paso.

El periódico cabalga, navega, recorre las vías férreas y va de un confín al otro de la tierra.

El pensamiento encerrado en renglones, corre, vuela, y como el polen á las flores va fecundando cerebros.

Heraldo amable del progreso en sus columnas alineadas, rectas, ordenadas como soldados en espera, lleva la luz á todas partes y es acogido y esperado por todos.

La Prensa puede degradar ó enaltecer á un país entero.

La Prensa es una tribuna, en ella han de actuar los nobles, los buenos, los instruidos.

Para los infames, para los tontos malos, allí está la vindicta pública, la sanción de la sociedad, la picota de la vergüenza.

Sea la Prensa Ecuatoriana, vocera de aquello que pueda engrandecer la Patria, historiadora de grandes hechos, alentadora de lo bueno, mantenedora del derecho.

ZOLA UGARTE DE LANDIVAR.



A la Sra. doña Mercedes G. de Moscoso,

DESPUES DE LEER UNOS VERSOS SUYOS

Tierna cantora, recibí las páginas
Donde la esencia de tu amor vertiste,
Donde palpita entre ardorosas lágrimas
Tu corazón tan bello como triste.

En medio de caricias inocentes
Rodeada de los ángeles que adoras,
Desdeñando los júbilos presentes
Ves el pasado, el porvenir y lloras.

Tu no debes llorar. El desconsuelo
Sufrá el que estéril malogró su vida,
Tú la misión que te confiara el Cielo
Llevas con gloria, con valor cumplida.

Torna en placer, oh Musa! tu quebranto,
El vencedor después de la victoria
Jamás contempla con dolor y llanto
Las cicatrices que le dieron gloria.

Si el galardón magnífico ya tienes
De la excelsa virtud y del talento
Si de Apolo el laurel orna tus sienes
Guarde tu pecho celestial contento.

Pulsa el laúd. Con amoroso alarde
Has escuchar la nota peregrina
Como de alondra que al llegar la tarde
Alzando el vuelo á los espacios trina.

CAROLINA FEBRES CORDERO DE ARÉVALO.



Educación

(FRAGMENTOS)

Mi experiencia de la vida no me permite pagarme ni de frases encomiásticas dictadas por la cortesía ó la amistad, ni del brillo efímero de triunfos baladísticos: mi modo de ser me obliga á empeñarme en hacer bien lo que hago, sin quedar satisfecha por grande que sea el esfuerzo empleado: ni adoro al dios éxito, ni las apariencias me sugestionan. El éxito más brillante no tiene para mí el valor de lo sólido y verdadero: enseñar bien lo útil, lo necesario, lo que ha de servir más tarde y enseñarlo á la mayoría, á la multitud, aun á los de escasa comprensión, en menor tiempo posible, he aquí como comprendo la escuela primaria. Despertar la inteligencia, ejercitar el raciocinio para que sepan distinguir lo bueno de lo malo, lo justo de lo injusto, lo falso de lo verdadero, y dejar en el corazón la semilla de algo bueno, he aquí mi anhelo. Para mí, enseñar al inteligente, al estudioso ¿qué mérito es? Lograr que el perezoso se torne aplicado, que haya afición á las lecturas buenas, y que adquieran ideas aun aquellos en quienes la inteligencia está brillando apenas cual mortecina luz, eso, eso sí es mérito.

Cuando una niña recita admirablemente las páginas de su libro sin cambiar una sola palabra, sin añadir ni omitir nada; pero sin comprender su sentido, me desespero: gusto de que entiendan lo que leen y comprendan el significado de cada palabra.

Lectura, escritura, urbanidad, moral, religión, higiene, he ahí lo más esencial, lo primordial, la necesidad imperiosa del pueblo. Y no se crea que desdeño ó exceptúo los otros conocimientos: gramática, historia, geografía, pero muy compendiados, con muchas y muy claras explicaciones de la viva voz del maestro, de tal modo que la memoria no se fatigue y no se debilite de cansancio cuando debiera estar en todo su vigor. No recargar á los niños con multitud de libros, sobre todo de aquellos para cuya comprensión, se necesita que la inteligencia haya llegado á cierto grado de desenvolvimiento. En resumen,

limitarse á instruir sólo en las materias más importantes, más necesarias y que precisa difundir entre la masas. No podemos negar que el Dr. Carrera, con su división de los ramos de enseñanza, tendió á este inmenso bien.

Si el año pasado me extralimité fué porque mi afición á las Ciencias Naturales, me llevó á cumplir con el deseo de dictar una clase de Zoología que no pecara ni de suscita ni de difusa, por haber entonces en esta escuela alumnas talentosas y aplicadas, y cuyo estado de adelanto, me pedía «luz, más luz».

En esto de la educación de la mujer, he dejado ya los sueños juveniles, y quizás me inclino más al sentido práctico de Mme. Maintenon que á las utopías de Mme. Campan. Pensaba la primera que la mujer debía ser educada conforme á la vida que la esperaba, conforme á su clase, á su posición social; quería que las muchachas supieran ejecutar toda especie de obras propias de manos femeninas. Es preciso, decía, ir en esta materia hasta lo ridículo: quiero de las niñas, formar mujeres útiles, en la seguridad de que así formaré mujeres agradables. No quiero formar mujeres agradables, porque sólo resultarían presumidas. Decía la segunda, con una alteza de miras que, á la verdad, por de pronto seduce: «La educación debe tender á dos fines: primero, á las virtudes domésticas; segundo, hacia la instrucción, á tal grado de perfección que—por el conocimiento del idioma, el cálculo, la historia, escritura, geografía—todas las alumnas estén seguras de la dicha de instruir ellas mismas á sus hijas. La educación pública para las mujeres, acabará por ser la maternal».

Entre Schopenhauer que no las quiere instruidas, sino servidoras, amas de casa, porque: «en la frente estrecha de la mujer no cabe un gran pensamiento», y Stuart Mill para quien: «La mujer, educada como el hombre, puede tanto como él», ¿á cuál nos atenemos? De seguro que á ninguno en la totalidad de sus ideas. Es necesario en materia de tan vital importancia—de tanta que de ella depende el porvenir de las naciones—huír de los extremos, pues debemos atender á la constitución de la mujer, á sus fines ulteriores, al rol que ha de desempeñar en la sociedad y, hasta al país en que ha nacido. Apartémonos, pues, de los extremos, y no tengamos educandas para quienes sea un mito una lectura y más tarde un imposible escribir una carta; pero tampoco las ha-

gamos pasar el tiempo en la escuela primaria en minuciosidades gramaticales y en arduos problemas matemáticos.....

DOLORS FLOR.



Hoja de ciprés

Ya se llevan á la niña,
ya la llevan á enterrar,
ya la cuna está desierta,
ya está muerta, ya está muerta,
ya te deja, ya se va.

Pobre hermana cómo sufres,
qué espantoso es tu dolor,
cómo ruegas que te dejen,
que no alejen, que no alejen
de tu lado á tu ilusión.

Ya en el nicho está guardada,
ya regresan de dejar
al pedazo de tu vida
tu querida, tu querida,
muertecita ya no está.

Vas á verla triste y sola,
vas pensando en lo que fué,
y qué encuentras? tosca y muda
una piedra que la escuda
con un solo nombre: Inés.

Y tú, madre, en tu delirio
le preguntas dónde estás?,
dónde te hallas mi consuelo?
como si ella desde el cielo
te pudiera contestar.

Ven, regresa triste y sola,
ven y mira en tu redor

ve el recuerdo que te espera,
ve su rizo que no muera
como ella se murió.

Ve sus cintas, sus muñecas,
su pianito de marfil,
guarda esas prendas queridas
pedazos de nuestras vidas,
de esas que no están aquí.

Para el mundo ya está muerta,
para tí nunca murió,
pues la llevas retratada
y con lágrimas bañada
en tu pobre corazón.

DELIA C. DE GONZÁLEZ.



Doble sacrificio

I

Llamaron á la puerta del tocador de Carmen Pino.

—Quién llama? preguntó, al mismo tiempo que la abría violentamente.

—Soy yo, señorita Carmen, Susana que trac el pañuelo que le dió usted á bordar ayer tarde.

—Indudablemente debe estar malo, contestó Carmen, procurando velar bajo sus espesas pestañas el brillo intenso de sus grandes y hermosos ojos negros.

Susana tembló, pues era siempre víctima de la cólera y caprichos de su señorita.

—Vamos á verlo, acércate y dámelo, dijo Carmen dejándose caer en un diván.

Susana se lo presentó ruborosa.

Era un pañuelo de batista bordado al relieve con exquisito gusto y primor sin igual. En el centro, entre una corona de violetas y rosas, se enlazaban las iniciales de su dueña.

Carmen lo contempló un instante y dando con su pequeño pie en el suelo, exclamó:

—Has echado á perder la batista. Miren qué obra! Es así como trabajas para todos?

—Sí, señorita, hago lo que puedo; ya ve Ud., como no he tenido maestro.....

— Miron la hipócrita: eso lo dice por realzar su trabajo, para que la tengan por hábil y la aplaudan.

— Lo digo, no por graujearme lisonjas sino porque es la verdad.

— Insolente! Sal de aquí, desde este instante dejas de formar parte de mi servidumbre. Y con ademán regio, señaló á Susana la puerta de salida.

Esta no se movió, dos lágrimas brotaron de sus ojos azules, se deslizaron por sus mejillas y fueron á perderse entre los pliegues de su vestido de estamofia.

— No me oyes? volvió á decir Carmen, encendida de cólera y echando llamas por los ojos.

— Oigo á Ud., pero para salir de aquí será preciso que me oche la señora.

— Mamá, gritó Carmen, ven y arroja á la calle á esta insolente.

Una mujer algo entrada en años y de aspecto cansado y abatido, penetró allí donde se había entablado la lucha.

— Qué hay? preguntó con tristeza.

— Hay que esta muchacha ha echado á perder un pañuelo que le dí á bordar y que debe salir de casa porque su presencia me irrita.

— Piensas que puedo consentir en eso? su madre está lejos, hoy no tiene más amparo que el nuestro y si lo pierde.....

— Qué me importa? Sale ella ó salgo yo.

— Vé, hija mía, dijo doña Laura á Susana, evítame así otra escena borrascosa como la que estás acostumbrada á presenciar. Toma, añadió sacando un puñado de monedas de plata. Esto te libraré del hambre hasta que llegues á los brazos de tu madre.

— Guarde Ud. su dinero, dijo, la pobre niña. Hasta aquí sólo ha pagado Ud. mis servicios con sonrisas y frases cariñosas, quiero, pues, llevar este recuerdo inefable en el fondo de mi alma. Se arrodilló y tomando la mano de Laura, la llevó á sus labios con respeto. Se dirigió á la puerta, y sin mirar á Carmen que permanecía silenciosa, salió de la opulenta casa á la que entró en los brazos de su madre y la cual se había adherido como la hiedra al muro.

II

— Por fin! exclamó Carmen, lanzando un suspiro de satisfacción. Esa muchacha es demasiado bonita, he notado que Alberto la mira mucho y yo no acepto comparaciones en tratándose de una inferior.

— Es posible, Carmen, que des cabida en tu pecho á la más ruin de las pasiones, á la envidia?

— Envidiosa de esa palurda, yo! Verdaderamente, tía, que estás hoy en uno de tus días de demencia. Mi matrimonio con Alberto, concertado hace ya mucho tiempo, ha ido retardándose á causa de esa muchacha á quien él profesa talvez más cariño que á mí.

— Amas á Alberto?

Carmen vaciló antes de contestar.

— Qué pregunta! Cómo puedo amarlo si me dobla en edad.

— Entonces.....

— Quiero ser su esposa, sus riquezas me atraen, he ahí todo.

—Y es á mí, á su hermana, á la que te ha servido de madre, á la que hablas así?

—Buena madre! Has alentado mi orgullo y no has corregido mis caprichos. Doña Laura inclinó la cabeza y con los ojos cargados de lágrimas, respondió:

—No te parece á tu padre, eres un retrato físico y moral de la que duerme allá bajo los tilos.

—No remueva Ud. esas cenizas adoradas; le he dicho muchas veces que la memoria y el nombre de mi madre, deben estar sólo en mi corazón y en mis labios.

—Deja ese tono áspero que tan mal te sienta. Hablas con tu segunda madre, con el sér que todo te lo ha sacrificado y al que tu padre en su lecho de muerte, te ordenó que obedecieras y amaras.

—Déjate de tonterías, en mi alma no cabe otro afecto que el que profeso á mi madre.

—Y si yo te dijera . . .

—Qué?

—Nada, dijo doña Laura, lanzando un suspiro, nada hija mía, ama á tu madre pero dedica alguna ternura al desgraciado autor de tus días.

—Serías capaz de calumniar á la que me llevó en sus entrañas?

—Jamás manchó mis labios la mentira.

—Basta! No vuelva Ud. á acordarse de mi madre. En cuanto á Susana es preciso borrar su nombre del libro de los vivos, y ahora, vaya Ud. á su habitación, quiero estar sola.

La pobre señora salió agobiada de dolor ante el carácter despotico de aquella criatura que había mecido en su regazo y á la que amaba hasta el sacrificio.

III

Cuando Carmen quedó huérfana de madre, don Julián hermano de doña Laura, confió á ésta su hija y ella se consagró toda entera á la ingrata criatura que después de 19 años de vivir á su lado, así la maltrataba y hería. Don Julián murió á poco, se hablaba de desgracias ocurridas en su hogar y que eran la causa de su fin prematuro. Si esto tenía algo de verdad, ya lo veremos más adelante.

Doña Laura, débil por naturaleza, dejó crecer á Carmen con todos sus caprichos, sin comprender que la mala educación es la fuente de donde se originan todas las desgracias.

Marta, madre de Susana, había entrado al servicio de doña Laura, cuando Carmen tenía cinco años, Susana contaba cerca de seis, siendo siempre víctima de los vehementes deseos de Carmen, que la obligaba á ceder de cualquier modo. A pesar de esto, Susana la amaba con toda su alma.

Era buena por naturaleza y se acostumbró á querer á aquella niña como queremos en la infancia la hermosa muñeca que nos embelesa. Carmen, por el contrario, no despreciaba la ocasión de humillarla á la dulce compañera de sus juegos.

Alberto, hermano menor de doña Laura y don Julián, no amaba á su sobrina.

Pero la niña creció, su hermosura tomó proporciones incom-

parables, puso en juego toda su coquetería para atraerlo á ella, y Alberto que frisaba en los treinta y seis años, cayó á sus plantas, ofuscados sus sentidos pero no interesado su corazón. Era noble y bueno y sólo podía atraerlo otra naturaleza semejante á la suya.

Marta había marchado precipitadamente á un pueblo cercano, porque un hijo suyo, carpintero, cayendo de un andamio, se fracturó un pie. Dejó á Susana con doña Laura, ajena á lo que iba á suceder.

La despedida á Susana debía traer graves trastornos en el hogar de la familia Pino.

En la vida, circunstancias insignificantes al parecer, deciden muchas veces del destino.

IV

Doña Laura fuese directamente á su habitación, se dejó caer en una poltrona y cubriéndose el rostro con las manos, rompió á llorar. Gruesas lágrimas rodaban hasta su falda negra y los sollozos que elevaban su seno, revelaba la tempestad de dolores desatada en su alma. Con Carmen aprendió á ser madre, la amaba con esa ternura infinita con que aman esos seres privilegiados, todo abnegación y sacrificio.

Permaneció algunas horas en la misma actitud, y muy amargas debieron ser sus reflexiones, pues levantándose de pronto exclamó:

—Es preciso que esto termine. Puesto que Alberto la ama, que se casen y la lleve muy lejos, á donde no vuelva á saber de ella jamás.

Pero Carmen acaba de decirme que no le ama.

Pobre hermano mío! Será tu suerte igual en todo á la de nuestro desgraciado Julián? Salió precipitadamente y se dirigió á la habitación de Alberto.

Era este un hombre de fisonomía bondadosa y simpática y se hallaba en todo el esplendor de su belleza.

Al ver á doña Laura, dijo.

—Ven, hermana. Cómo, lloras? Qué hay?

—Hay, que Carmen ha despedido á Susana.

—El motivo?

—Pretexta que ha echado á perder un pañuelo que le dió á bordar, pero he descubierto que Carmen está envidiosa de la hermosura de Susana y celosa del afecto que le dedicas.

—Esas tenemos? Pues bien, Laura, á tí puedo decírtelo todo. Por un momento creí amar á Carmen, es tan bella! Me impresionó hondamente, pero la hermosura espiritual de Susana, dice más á mi alma. Hay en sus ojos azules, algo que me atrae y me cautiva: la amo, sí, la amo!

—Pero Susana es inferior á tí.

—Qué me importa? Vale más que Carmen, más que todas las mujeres del mundo. Sólo tú eres superior á ella, mi santa y adorada hermana.

—Pero, tu compromiso con Carmen?

—Crees que ella me ama?

—No sé..... tal vez.....

—No, Laura, no me quiere, lo que ambiciona es mi fortuna.

—No es ella tan rica como tú?
 —Sin embargo, no le bastan sus riquezas.
 —Qué piensas hacer?
 —Romper el compromiso que nos une y hacer á Susana mi esposa.

—Pero el mundo
 —No te preocupes de él, hermana mía. El mundo no puede ser juez en asuntos del corazón. Lo que debemos indagar es el paradero de Susana.

—No puede haber ido sino donde su madre.
 —Pues escribe á Marta, dile que la esperas á la mayor brevedad, pero que no venga sola; si perdiera á Susana, moriría
 —Tanto la amas?

—Es mi primer amor y acaso el último.
 —Y quién se encarga de decir á Carmen?
 —Dejemos rodar los acontecimientos. La Providencia es sabia y no dejará que se consuma mi sacrificio.

Aquella misma noche escribía doña Laura á Marta, y al día siguiente recibía una lacónica contestación de ésta que decía así:

“Mi buena señora:

Susana está conmigo, lo sé todo. La que no sabe cosas que interesan al honor de su nombre, es usted.

Dentro de tres días estaré allá, me acompañará Susana y talvez consiga que esta pobre niña ocupe el lugar que le corresponde.

Suya.

MARTA”.

Inútil nos parece decir con cuánta ansiedad esperarían Alberto y Laura, la llegada de Marta. Dejémoslos por un momento para encontrarlos luego y volvamos á Carmen, á la que dejamos de pie en su alcoba, señalando á doña Laura con ademán de reina la puerta de salida.

Su hermoso rostro no refleja ni vestigios de la lucha sostenida pocas horas antes.

Fresca y sonriente, ante un gran espejo tocador, variaba de vestido. Sólo sus ojos entornados lanzaban de cuando en cuando luminosas chispas de relámpago.

El vestido elegido era verde, adornado con ricas blondas y botones de rosas blancas, debía concurrir á un baile en esa noche y Alberto debía acompañarla. Quería eclipsar á todas las hermosas que concurrieran á la fiesta. Seguramente lo lograría porque Carmen era una de esas mujeres fascinadoras por la expresión, por las soberbias curvas de su talle de Venus, por su belleza misma. Iba á alcanzar un nuevo triunfo, lo sabía y sonreía con orgullo ante el espejo que retrataba sus ojos negros, sus mejillas de rosa y sus menudos dientes de perlas. Abrochada un collar de brillantes á su cuello desnudo, cuando llamaron á la puerta.

—Adelante, dijo.

Apareció Alberto pero no en traje de etiqueta como ella esperaba.

- Qué, dijo, frunciendo las cejas, no te vistest?
- No, Carmen, me es imposible acompañarte.
- Se puede saber por qué?
- No puedo decirlo. Tú no irás tampoco.
- Iré!
- Sería inconveniente que te presentaras sola.
- Nadie puede impedírmelo.
- Alguien lo puede.
- Quién?
- Yo! Y lo dijo con tal energía, que Carmen tembló, pero reponiéndose exclamó:
- Tú! y lanzó una convulsa carcajada.
- Alberto se irguió.—Yo, volvió á decir, pero esta vez acercándose á ella casi hasta tocarla, yo, el hermano de tu padre.
- Y nada más? preguntó ella con burla.
- Nada más, porque has hecho imposible cualquier otro lazo entre los dos.
- Por qué?
- No elegiré jamás para esposa una mujer sin corazón.
- Sabes tú si lo tengo? Preguntó Carmen estremeciéndose visiblemente.
- La que arroja de su hogar á una pobre desheredada en vez de darle abrigo no puede tenerlo.
- Hola! es mi despedida á Susana lo que te hace pensar así?
- Eso y la falta de respeto, la poca ternura que dedicas á la mujer que te ha servido de madre.
- Confiesa que lo que te irrita es no tener cerca de tí á esa muchacha, á la que talvez amas.
- No te engañas, es cierto que la amo.
- Bien, hazla tu querida.
- No, la haré mi esposa.
- Ella tu esposa, me volvería loca!
- Alberto se conmovió, creyó que Carmen le amaba y tuvo compasión de ella.
- Me amas? dijo tomando una de sus manos.
- Ni te amo ni te aborrezco, á ella si la odio por instinto.
- Carmen!
- Basta! ni una palabra más.
- Véte, déjame salir, quiero ir al baile de las Señoras del Risco.
- No irás porque yo lo impediré.
- Y antes de que Carmen pudiera impedirsele salió de la alcoba cerrando la puerta. Carmen lanzó un rugido, arrancó con mano convulsa las rosas de su tocado, desgarró su vestido de baile y lloró desesperadamente por haber sido vencida.
- Eterna fué la noche para la terca y caprichosa niña. Herida en su orgullo, se revelaba contra sí misma. Si hubiera tenido madre, su naturaleza rebelde se hubiera suavizado.

(Continuará).

MERCEDES G. DE MOSCOSO.



Postal

Para el álbum de mi amiga María Laura Calisto

Deseo para tu alma encantadora,
En medio de mis cándidos anhelos,
Las luces sonrosadas de la aurora,
El arrullo feliz de onda sonora,
La placidez eterna de los ciclos.

Deseo que la senda de tu vida
Siempre se cubra de galanas flores,
Llenas tan sólo para tí de olores;
Que nunca pierdas la ilusión querida,
Que nunca sepas lo que son dolores. . . .

Y para mí deseo con vehemencia
De tus labios un beso de ternura
Y que al través de nuestra cruel ausencia
Me envíes con las brisas, cual esencia,
Los suspiros de amor de tu alma pura.

ANA MARÍA ALBORNOZ.



Carta íntima

A CELIA

Hace algún tiempo que te dirigí mi carta, Celia querida, enviándote mi más sentida condolencia por la muerte de mi buen amigo y tu querido hermano; pero como creo no la has recibido, vuelvo á encaminarte esta otra haciéndote presente lo mucho que te quiero, te pienso, y cuánto ha sido lo grande de mi angustia puesto que tú sufres.

Ah! te extraño tanto que mis veladas son haciendo reminiscencias de nuestro pasado de felicidad: cuando éramos niñas y corríamos como mariposas por los callejones y huertos de tu hacienda; entonces ni nos fijábamos en las bellezas de la Naturaleza ni nos preocupaba nuestro porvenir. Embebidas en placeres infantiles, llenas de goces materiales donde la muerte ni el pesar hallaban resonancia en nuestra mente, de veras ¡qué felices, qué envidiables éramos!

Hoy apenas si nos quedan las páginas de los recuerdos que tornan como espectros de otros tiempos hasta el pensamiento para hacernos verter lágrimas indefinidas, mezcla de dulzura y á la vez de hondísimo, de triste desconsuelo. . . .

Empero, dejémonos por ahora de tristezas y como en tus cartas anteriores me pedías noticias de nuestro país, te las voy á dar; mas como ellas son tan extrañas y variadas se me confunden en la imaginación en este instante é inútil sería buscar algún reposo antes de participarte mi modo de sentir y la manera con que juzgo cuanto me rodea.

De Marzo para acá se han propuesto tres patriotas y entusiastas jóvenes editar un periódico mensual, con el sencillo pero hermoso título «La Mujer», en el cual no luzcan sino las aptitudes del bello sexo ecuatoriano. Creo que ya han visto la luz unos tres números de tan simpática Revista, pero ¿qué podré decirte, Celia amiga mía; de la especie de trastorno, y aspaviento, y bulla levantados en nuestra sociedad por esta novedad? Acostumbrados como estamos á ver que nuestras pacíficas mujeres no han desempeñado nunca otro papel que el de cosa ó adorno en el hogar, tal atrevimiento ha caído para ciertas y ciertos, en particular, como si de improviso hubiera aparecido el sol por occidente.

¿Es verdad, pues, que todas somos un ente irracional? ah! no, yo me resisto á imaginar siquiera con los insensatos, ya que el talento de la mujer ecuatoriana, no digo con orgullo, pero sí podría lucir á nivel del de cualquiera otra, que para hacerlo sólo cuenta con mayor apoyo y nada más. En cuanto á la sociedad culta é ilustrada, eso sí, no ha dejado de tener buena acogida «La Mujer», pues algunos literatos y muchos periodistas sí la han encomiado captándose con esto gratitud y simpatías de sus bellas redactoras.

Con todo, bien dichosa tú que vives en un país en donde la civilización va á pasos de gigante y en donde sin impedimentos ni vallas de ninguna clase puedes dar vuelo á tu cabeza y corazón!

Pasa tus ojos de luz por los números de la Revista que te envío por igual correo que ésta y dime con tu acertado voto si te gusta ó no, siquiera por llamarse la única en su género. Pueda ser que muera pronto y será una verdadera lástima; me preguntarás ¿por qué?; no por falta de las redactoras ni de los editores, ellos y ellas harán lo posible por sostenerla; pero sí por falta de quienes lean bostezando producciones feministas y les duela tocar con el bolsillo y contribuir para que subsista aquella pobre *niña*.

Siguiendo el curso de noticias te diré también que hay en nuestra tierra muchísimo adelanto respecto de las artes: hoy mismo he contemplado la Escuela de Pinturas con una impresión rara á la vez que halagadora; he visto la aptitud de jóvenes y niños, los que nos miraban á mis compañeras y á mí, con unos semblantes tan risueños y como satisfechos de sus obras que en todas y cada uno ví un Rafael, en miniatura; hay cuadros que tienen vida, hay pinturas que hablan y no se puede salir de allí sin recoger un recuerdo grato.

La música prospera sin medida y no puedo tocar este punto sin sentir una emoción indescribible puesto que él se entiende con el corazón y el alma.

Otra cosa buena que tenemos aún que no se llame ciencia ni arte, es la policía: tan severa y activa que van desapareciendo esos vicios humillantes y bajos como el alcoholismo y afición á aquello que no les pertenece, que hasta hace poco y en Quito especialmente eran muy comunes.

Y la Religión? cómo anda me preguntas? pues así que así; va disminuyendo un tanto el fanatismo que así yaba en lo ridículo y á pesar de los embates que á diario sufre el Cristianismo, creo que se levanta ó por lo menos empieza á levantarse puro y tal como nos legara Cristo en las cumbres del Calvario.

En fin, ya te he dado noticias de tu patria y la mía ¿y no piensas volver á ella? ¡Patria! palabra sublime y grandiosa para toda la humanidad. No creo que la mires con desprecio y hasta con hastío por haber sufrido en ella tantos desengaños y pesares; ella nó tiene la cul-

pa sino las personas que te ocasionaron sinsabores.

Vuelve la vista por acá, y no encontrarás sino sepulcros: los que reposan dentro de ellos esperan tu saludo y los que estamos fuera todavía, los que como yo seguimos abatidos, tristes, pero sin que de su mente te separen nunca, al enviarte el corazón, reclaman una que otra vez siquiera tus recuerdos y afectuosas cartas.

LUCILA MONTALVO.



Condolencia

A MI AMIGA LA SRTA. ELODIA SOLANO DE LA S. EN LA MUERTE DE SU
HERMANO FEDERICO.

I

¿Qué se hicieron ¡oh Dios! los dos hermanos
Que ayer no más en plática sabrosa
No pensaron jamás que en pocos días
Cubriría sus restos una loza.....?
Todo ha concluído yá....Silencio y llanto
Con sarcasmo fatídico acompaña
Tu triste soledad y desconsuelo!
Qué sombras, qué amargura, qué misterio
Envuelven hace tiempo tu alma noble;
Como si aún la prueba no bastara,
Al mirar la esperanza
Hundida para siempre
En el hueco fatal de un cementerio....
Y llorar sin consuelo
La espantosa y eterna despedida,
De los seres que amabas cual tu vida (*)

II

Pnes bien: aquí me tienes, cara amiga,
A llorar tu dolor; que siempre ha sido

(*) Ella ha perdido sus padres y el mayor de sus hermanos antes del duelo de los dos últimamente fallecidos.

El lema de mi vida la constancia,
 Virtud y afecto santo,
 Que encierra gratitud y amor profundo
 Por quien ayer, cuando nubló mi frente
 Horrible desengaño... fué el consuelo
 A mis horas fatales de quebranto!
 Gratitud y amistad, fiel testimonio
 Del sentimiento de mi pecho ardiente,
 Debo llorar contigo
 La muerte de tu hermano idolatrado
 Si con ella resurgen en mi mente
 Recuerdos singulares
 De ambiciones sinceras, de contentos,
 De olvidados pesares,
 De esperanzas, de juegos, de sonrisas,
 De otros tiempos mejores que el presente. . . .!

III

Aun no lo creo! es él? Oh! sí! la muerte
 Ha hollado su semblante. Sus pupilas
 Reflejando la calma venturosa
 Que en su sér anidaba, ya no irradian
 Su corazón alegre y entusiasta,
 Dejó de palpar y ya no existe!
 ¡Oh amigo! ¿en dónde te hallas?
 Oyes acaso allá nuestros clamores?
 Se puede valorar el sufrimiento
 Del pecho amigo que tu ausencia llora?
 Y escuchas el gemido
 De la hermana infeliz que te ha perdido?
 De tanto afecto en cambio, qué nos dejas
 Al irte de la vida?
 Oscuridad, tristeza y hondas quejas
 Y dolores y angustias sin medida. . . .!
 Si hoy sólo su cadáver
 Ha quedado de tantos devaneos,
 De tantas encontradas impresiones
 Y de tantos afectos y deseos;
 Dime, Elodia querida:
 ¿Qué vale la existencia si pagamos
 Con la savia del alma
 Un solo instante de mentida calma?

IV

Del cielo y del espacio el gran concierto
 Lleno de luz insulta en este instante
 La inmensa soledad de eterna noche
 De las almas enfermas,
 Que con la tuya de aflicción padecen.
 Mas, no llores Elodia, con angustia

Que si la muerte troncha nuestras vidas,
 El alma es inmortal!
 Y si cae un sér más dentro la fosa
 Donde en polvo mil seres se han trocado
 El alma de tu hermano refulgente
 Era buena y creyente y de Dios goza!
 Como es la muerte fuente de amargura
 Es el dolor de la esperanza fuente.
 ¿Qué más puedo decir? Ciertos dolores
 ¡Ay! no se alivian con palabras vanas
 Ni yo encuentro en mi estéril fantasía
 El consuelo que anhelo,
 Y que sólo del cielo
 Al corazón descendiendo, amiga mía!

ISABEL D. DE ESPINEL.



¡Pobre María!

(Conclusión).

Yo veía en el misterio de las tardes y al sonar del Angelus las ventanas cerradas del colegio, donde él se encontraba. Mis castas ilusiones le enviaba entonces, al pronunciar en santo arrobamiento las dos sílabas queridas de su nombre.

Un año más, y una inmensa amargura se apoderó de mí, pues que él no leyó nunca las páginas de mi alma. Pálida, enfermiza, cuántas veces le enviaba en mi pensamiento pedazos de mi propio corazón. Traté de dirigirle cartas empapadas con mis lágrimas. Mi dignidad y el ejemplo de mi noble maestra que me prescribían el correcto porte social, hicieronme callar.

Dos años habían pasado; yo contaba dieciséis, y apenas si sus ojos y los míos se encontraron cuatro veces: lo recuerdo bien, siempre fué en la iglesia. La tarde última en que pude verlo el sol había ocultado tristemente sus rojizos fulgores; el viento parecía sollozar y densos y negros nubarrones amenazaban á la tierra con truenos y el zig-zag del rayo que haría, en breve, estragos en las cimas de los Andes. Tarde era de Setiembre, desahagible y fría; y la ciudad estaba triste á pesar de su hermosura, pues yo la veía á través de mi ansiedad inmensa y mi dolor moral.

Las campanas llamaban á sermón con una especie de gemido lúgubre. Los ámbitos del templo resonaban ya los melancólicos sonos de la orquesta y el ruído confuso de preces y suspi-

ros; cerca del ara se elevaba el incienso delante del Dios Hostia que se hallaba expuesto: sus espirales olorosas semejaban las aspiraciones del alma creyente que sube al cielo en busca de consuelos.

A uno y otro lado las niñas de mi escuela y los alumnos del colegio formábamos también el lazo de oraciones y la protesta de amor y de esperanza que el concurso levantaba al trono del Señor. Tenue y cadencioso como el agitarse de alas de paloma brotaban dulce murmullo los labios inocentes; era la nota más hermosa de la fe para honra de María. La Iglesia celebraba entonces su Santa Concepción.

Allí en el templo estaba él; y la ceremonia religiosa era la última que iba á presenciar. El colegio debía clausurarse por un orden del Gobierno recientemente establecido en la República, el cual no se conformaba con la enseñanza de institutos docentes religiosos. El debía marchar á la Capital á continuar sus estudios. ¡Dios mío! la horrible tempestad de mi alma hasta entonces comprimida ya no pudo más, y estalló en lágrimas y sollozos: lloré, lloré desesperada; le descubrí á la Virgen mi dolor inmenso y le hablé de mi orfandad.....

Tocaba ya á su término la distribución del día; un Padre oblató y sus alumnos con voces armoniosas y solemnes entonaron un triste *Salutaris*, luego un *Tantum ergo*, y sus acordes en medio del sonido de la lluvia que arreció, del retumbar del trueno y de los campanillazos estridentes, al dar el sacerdote la tierna bendición con el Santísimo, fueron el adiós, la despedida patética que yo misma dí al mundo de ensueños forjados en mi mente!

¡Quién creyera!, principié serena y á medida que mi pluma corre presurosa moviendo el cementerio y las fatídicas y heladas cenizas de mi ayer, han ido poco á poco surcando mis mejillas quemadoras lágrimas; estoy llorando como en aquel día, estoy acongojada, enferma. Lejos de mi patria, sin madre en cuyo seno reclinar mi frente sellada por la angustia, palpando que mi sino es la desgracia, mi nombre el infortunio, que así como la lepra contagio padecerés y, bajo el peso enorme de tantos sufrimientos, de tantas decepciones ¿por qué no he muerto ya?; pendiente de mi cruz ¿qué espero todavía, qué espero en este mundo? acaso no levantan sobre él únicamente sus reales la mentira, la maldad y el vicio?

Caí gravemente enferma: los facultativos atribuyeron mis dolencias á causas puramente naturales: á la aglomeración de gente en el santuario, al ambiente cargado de ácido carbónico, y al frío y humedad de la noche. ¿Cómo iban á fijarse en el espíritu, si para la necia generalidad del vulgo, para los seres henchidos de materia, el huérfano que cruza mendigando afectos es incapaz de guardar un corazón que tenga nobles y delicados sentimientos?.....

Estoicos esos seres, pasan por cadáveres y pisotean lágrimas; para ellos no hay delicadeza en las ideas, no existe el pensamiento; la ternura, los dolores íntimos, la sensibilidad, apenas son un mito donde no está el oro.

La ausencia era una valla inmensa con visos de sepulcro in-

terpuesta entre los dos; la desesperación interna que pugnaba por brotar como torrente de incendiaria lava; mi anhelo de morir hubiéramme llevado hacia la tumba y evitádome que sola, en el camino de esta vida siga recogiendo más espinas. El estado de mi salud se puso tan grave que fui instada á recibir los últimos auxilios de la religión. Entonces encontré el remedio, el salvador bálsamo que curó, un tanto, mis heridas. Con pompa y al són de los acordes de una marcha melancólica, del canto de mis discípulas y el prolongado tañir de las campanas fué á consolarme la santa comunión, después que hube declarado mis pequeñas faltas. Muchas veces volteando una por una las hojas del recuerdo he llorado leyendo estos renglones. Vivo todavía, porque las palabras del anciano y virtuoso cura de la población hicieron que viviera. Médico del alma, sabedor único de mis secretas tribulaciones se encargó de visitarme á diario y de confortar mi espíritu con sus consejos y esperanzas.

Suave y dulcemente, y usando un lenguaje sencillo trató de completar, diré así, mi educación durante el tiempo de mi larga convalecencia. ¡Cómo me leía pasajes religiosos y aventuras morales para detener el vuelo de mi imaginación calenturienta que volaba y volaba á otras regiones! Ah! con la eficacia de sus doctrinas causóme horror lo efímero del mundo.

Sané, por fin, si puede ser salud la especie de idiotismo, de frialdad moral en que quedara y he vivido hasta hoy. Anémica, como el Genio de las sombras ó cual espectro que evocado en el misterio, así, sola vagaba en los jardines: el aura de las noches; los rayos de la luna ó el diamantino claror de las estrellas solían sorprenderme en confidencias íntimas con las aves soñolientas, con las flores que al beso de la tarde habían cerrado sus corolas; es decir, con la naturaleza, ese libro majestuoso y mudo que eleva, ennoblece y doma la «enemiga entraña», el corazón. Yo por mí, diré que en cada aurora, en cada flor, en cada insecto, en los celajes, hice mi estudio limitado y pobre.

Transecurrieron meses y en vano había esperado el regreso del que era objeto de mis recuerdos. En vano le enviaba como antes en alas de las nubes mis amorosos suspiros. Pero resignada y altiva á la vez mis mejillas tñieronse del púrpura matiz de veintidós años y mi cuerpo, adelgazado por el sufrimiento, recobró su flexibilidad y su natural morbidez.

Han transecurrido once años;.....”

Aquí termina propiamente el manuscrito, pues las partes que siguen se hallan ilegibles, casi borradas por el sello de besos y de lágrimas. Quién era aquella joven que tanto había sufrido y en cuya alma se leía al mismo tiempo la duda y la esperanza, el desaliento y la resignación? ¿Quién era esa María, de la que he guardado tristísimo recuerdo sin que ella lo supiera?

A los seis años de haberla conocido llegué á Quito para asistir á la primera misa de un hermano mío; y como nunca había pisado más suelo que el de mi provincia nativa, me dí prisa en conocer en todos sus detalles la patria ilustre de los Schyris. Admiré sus monumentos arquitectónicos y las bellezas de todo género que la constituyen en una de las más notables capitales del Nuevo Conti-

nente. Mas, cediendo á una misteriosa é irresistible inclinación de mi ánimo, procuré visitar de preferencia el Cementerio de San Diego, á donde fui en unión de varias amigas y de Eloisita, mi bello *cicerone*.

Serían las cinco de la tarde, y penetramos con religioso respeto en el campo santo. Leyendo las fúnebres inscripciones y murmurando padrenuestros y otras oraciones nos tomó el crepúsculo y nos vimos circundadas por ese claro oscuro, anunciador de la noche, á cuyo influjo nuestras sombras crecen y toman proporciones fantásticas. Formándonos en grupo y llenas de recogimiento que infunde un cementerio dispusimos dejarlo, cuando hacia lo lejos, entre las sombras de un ciprés, divisamos la silueta de una persona. Hacia allá encaminamos nuestros pasos y delante de un mausoleo de hechura elegantísima, rodeado de esculturas nos encontramos con un padre de la orden franciscana. En ese instante acababa el buen fraile de caer de rodillas ante una tumba coronada de una cruz, de la cual pendían sólo dos coronas de jazmines blancos que no estaban del todo marchitados. Al detenernos junto al franciscano ya había acabado el día casi por completo. La luna principiaba á rielar en las cimas del Pichincha, y cuál sería mi asombro, cuando al dar de lleno en esa tumba y sobre los ojos negros y hermosísimos del fraile que me trajeron á la memoria el recuerdo de mi heroína, ví ni más ni menos en la cruz y con caracteres de oro grabado el mismo nombre que seis años antes viera en su cartera ¡María! la única palabra que envuelta con las brisas de la noche brotaba de los labios de ese hombre arrodillado que escondiendo su faz entre ambas manos parecía morir y ofrecer al cielo su dolor intenso: lloraba como un niño, presa de un temblor galvánico é instintivamente, yo también, sin darme cuenta caí de rodillas cerca de él. Me ahogaba la emoción, y no sin sorprender á mis parientes, Padre, sollocé Padre, ¿quién descansa aquí?.....

Los sauces y cipreces que de trecho en trecho se alzan en San Diego, á semejanza de estatuas gigantescas que cuidan de los muertos, lentos se inclinaban á uno y otro lado movidos por el viento, las lechuzas se cruzaban volviendo á sus nidos ocultos en las cavidades de bóvedas vacías, aleteando y con graznidos lúgubres; la campana del vecino monasterio sonaba tristemente; y todo en aquel momento, aun hasta el latido de nuestros corazones y la oscilación pausada del ambiente, todo revestía ese no se qué solemne de los muertos. El franciscano levantó los ojos al oírme y clavándolos en mí con extrañeza contéstome con voz suavísima:—«Aquí reposa María; ¿la conocisteis? Hace cuatro días que murió, pobre hermana mía! Fué tan desgraciada desde los primeros años de su existencia y si me veis llorar es nada más porque afluye la sangre al corazón y el corazón es débil. Huérfanos los dos y á poco de asilarme en el convento máximo de mi orden supe por sus cartas henchidas de amargura que iba siendo víctima de cierta enfermedad orgánica contraída en la niñez y de la que nadie ni nada la curaron. Ah! según me confesó después era su afección moral y los males que han echado raíces en el alma son incurables. En vano ella había buscado la salud pascando por los campos, bañándose en las fuentes más nombradas de la República

y haciéndose auscultar por los mejores médicos. Su tristeza y abatimiento habituales parece que crecieron en *Tesalia*, en donde estuvo en los últimos meses. De allí escribíome que lo único que deseaba era caer entre mis brazos y morir.»

Al llegar á este punto la voz del sacerdote parecía un gemido y sus sollozos comprimidos estallaron.

No me cupo duda, la joven de la que guardaba su secreto hasta hoy, como un depósito sagrado, era la misma que había muerto sin que en el santuario de su alma delicada jamás profanara su primer amor. Y ese adolescente de cabeza rubia, el hombre de sus sueños, que sin comprenderlo hiciera su desgracia y á quien le pediría talvez como limosna un solo pensamiento á su memoria, ¿irá alguna vez á buscar su tumba, sembrarla de azucenas y hasta conmoverla quizás con una lágrima? Demencia! apenas si sobre ella caerán únicamente las lluvias del invierno, los rayos de la luna, el fuego abrasador del sol y las sencillas pero olorosas flores de oración y lágrimas que en las tardes las lleva un franciscano. ¡Santa é immaculada ofrenda la del fraterno amor! Pobre María!

Yo también como ella no cuento en el sahara tristísimo del mundo sino con un hermano fraile. Huérfanos entrambos, ¿cuál de los dos salvará primero el dintel de la existencia? El, cuyos tormentos de niño supo acallar ante la Cruz, y en estrecha celda practica las virtudes cristianas, ó yo que llevo dolorida el alma, solitaria y sin hogar?

MARÍA NATALIA VACA.

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO-ECUADOR

Ayes de Eloisa

¡Señor, Señor! agonizante y trémula
Vengo á postrarme ante tu sacro altar,
A deshacer ese funesto vínculo
Que me une con aquel que pude amar.

¡Yo fui su esposa! . . . Un día dichosísima,
La gloria de su nombre me cubrió;
Pero el mío, á su lado, cual fatídica
Sombra aciaga, su gloria mancilló.

¿Y quién es él?... Es Abelardo, el águila
 Que altiva se alza á la región del sol
 A contemplar aquella luz magnífica
 Con que brilla en la tarde el arrebol.

Y su vuelo al alzar encontró mi ánima,
 Y consigo en sus alas la llevó....
 Desde entonces soy suya, y su magnético
 Poder irresistible siento yo.

Desde entonces soy suya.... mas hoy pérfido
 El Destino me quiere separar,
 Y su voz implacable, voz fatídica,
 Cien veces infeliz debo escuchar.

Debo escuchar!.... Lo quiere así el dulcísimo
 Dueño de mi albedrío y mi razón,
 Su voluntad acato, y en el vértigo
 De mi amor sacrifico el corazón!

¡Oh! La vida que empiezo en ese lúgubre
 Recinto, desdichada he de acabar....
 Lejos de tí, mi bien, cual triste tórtola
 Mi libertad perdida iré á llorar.

¡Lejos de tí!.... tan sólo con mis lágrimas
 Noche y día mi vida sostendré;
 Y entre esos muros que aborrece mi ánima
 El día de mi muerte esperaré.

¡Abelardo, Abelardo!.... ¡Soy tu víctima,
 Sacrifico á tu gloria mi virtud,
 Sacrificote el fuego de mi espíritu,
 Mi esperanza, mi fé, mi juventud!

No es el Dios de los cielos, no el Altísimo
 Quien va este sacrificio á recibir;
 Eres tú, mi Abelardo, mi Dios único
 Por quien voy como mártir á morir.

Tú lo quieres!.... En todo siempre cúmplase
 En mí tu sola y sacra voluntad;
 Que son tuyos mis días, y yo ofrézcode
 Con ellos, ¡ay! también mi eternidad....

CLORINDA M. CHIRIBO



A MARIA ANTONIETA STAGG AGUIRRE

Una viajera noble como buena,
 incomparable amiga tuya y mía,
 me cuenta que en las márgenes del Sena,
 si tu labio mi nombre repetía,
 anublaba el dolor tu faz serena.—
 Y pienso, ¡oh bella, espiritual María!
 por tu dulce piedad, que un ángel eres,
 y que, por ley atávica, me quieres.

Aplaudió los ensayos de mi musa
 la voz severa de tu ilustre abuelo;
 y ese voto inmortal era la excusa
 de mi alma herida que imploraba al cielo,
 si—en esa voz que iniquidad acusa
 alarde haciendo de fingido celo,—
 decían que profanaban sus deberes,
 al cantar ante el mundo, las mujeres.

Hoy que ensalza el glorioso feminismo
 que cante, bien ó mal, cualquiera dama,
 dirán que es terquedad ó anacronismo
 dejar latente el fuego que me inflama!
 mas ay! . . . ya me abandona el heroísmo
 y tenaz la prudencia me reclama
 que de moda tan ardua tenga miedo,
 al sentir que declina mi denuedo.

*Nada á madama Sevigné curaba
 del inmenso dolor de hacerse vieja,
 dijo el gran Campoamor,—que audaz grababa
 verdades en que el genio se refleja—
 y el mal que á la francesa torturaba
 ya con tan cruel intensidad me aqueja,
 que en honra tuya al preludiar un canto
 sólo se oye la voz de mi quebranto!*

DOLORES SUCRE.



Ambato

¿Habrá climas propicios para que se desarrolle la inteligencia del hombre, así como hay suelos apropiados para el desarrollo de ciertas plantas?

Influirá en ello el ambiente y los alimentos, ó acaso será el mayor afán que tienen los habitantes de algunos ~~cas~~ pueblos por instruir á sus hijos, lo que hace descollar talentos que de otro modo quedarían ignorados?

Sea lo que fuere, es evidente que hay ~~lugares~~ como hay familias á los que ~~podríamos~~ llamar intelectuales.

La capital de la Provincia de Tungurahua, es uno de ~~los~~ ~~lugares~~ ~~más~~ ~~felices~~: ~~está~~ situada en un hermoso valle de la cordillera y rodeada por alturas, su clima es templado y sus producciones ricas y variadas.

Juan Montalvo, Castillo, Pedro Fermín Cevallos, Juan León Mera, Gabriel Urvina, Secundino Durquea, Celiano Monge, Juan Benigno Vela, los Martínez, Emilio M^{te} Terán, Dolores Flor y otros, han visto la luz primera, en ese oasis delicioso.

Ambato como ciudad no puede ser contada entre las primeras del Ecuador, pero si queréis imaginaros el Paraíso, bajad á las vegas de su río.

Nada más risueño y fresco, que esas estrechas cañadas, esas grutas, esos remansos en que se retratan ~~los~~ ~~panes~~ ~~de~~ ~~los~~ sauces y ~~de~~ golosos quindes que chupan con delicia la flor del tacco, incensario rosado que se columpia sobre el río, manso á veces y de poco caudal, estruendoso y turbulento otras, arrastrando peñascos y levantando nieblas con el choque de sus aguas.

En sus orillas siempre verdes y floridas, se ~~agrupan~~ ~~agrupan~~ tres históricas quintas: Ficoas, Atocha y La Liria, tapiques persas sombreados de eucaliptos, nogales y arrayanes.

¡Ficoas! Allí en sus bosques vaga todavía la sombra del Cosmopolita, del desterrado excelso, que apenas avanzó hasta las playas saladas de la Patria y que aún después de muerto, no puede descansar en su ciudad natal.

Atocha, poética mansión de Juan León Mera, del arabec indiano, del paisajista incomparable que con los

gavilanes de su pluma pintó y coloreó las intrincadas selvas americanas mejor que lo hiciera un pintor.

La Liria es de los Martínez.....

Son las vegas del Ambato, el jardín de las Hespérides; para describir sus quiebras, deseáramos poseer la pluma bravia de Juan Montalvo, para pintar sus bosques y jardines, la pluma pincel de Juan León Mera.

Hay pueblos privilegiados, decíamos, y Ambato es uno de ellos.

La gloria de Macón es Lamartine, y Lamartine es la gloria de Francia.

La gloria de Ambato es Juan Montalvo, y Montalvo es la gloria de América.

Ambato cuna del genio, guarde con orgullo los pergaminos que le legara el Cosmopolita á quien venía la Patria estrecha para su gloria, y sepa honrar la memoria del hijo que la ha hecho célebre, donde quiera que se habla el rico, sonoro y castizo idioma de Cervantes.

ZOILA UGARTE DE LANDÍVAR.



En el campo

De «Rosas y Violetas»

Luz y calor desde el zenit luciente
Derrama por doquier el rey del día;
Da á los campos verdor y poesía
Y anima mi aterido corazón.

El viento mueve la florida hierba,
Que cual oceano en tempestad se agita,
Mientras adentro de mi sér palpita
Otro oceano en deshecha tempestad.

Dulces las aves en el bosque umbroso
Trinan al són de bulliciosa fuente,
Y esa música tierna y excelente
Es himno, el himno consagrado á Dios.

Naturaleza con sublime idioma
Publica del Señor la Omnipotencia

La Gloria, la Bondad, la Providencia
Derramadas en la amplia creación.

Aquí el saúz la soñolienta copa
Sobre la onda de cristal inclina,
En donde su ala va la golodrina,
Al paso, inquieta y rápida á mojar.

Más allá caen del rosal silvestre
Los pétalos deshechos en la grama,
Y los que penden de la verde rama
Semejan las antorchas de un altar.

¡Qué concierto, el concierto de la selva!
Son sus notas el himno de la calma,
Y á su sór. llena de ternura el alma,
Vuelve en la dicha que perdió á soñar.

Me contemplan las aves trinadoras,
Moviendo esquivas las cabezas bellas,
Y al mirar dulce de los ojos de ellas
Recuerdo de mi plácida niñez.

Siento el calor del maternal regazo
Do yacía, inocente, reclinada,
Vuelvo á los sueños de la edad pasada
Y siento ardiente el corazón latir.

Tan pura como el último suspiro
Y fresca cual la palma de tu gloria,
En el fondo de mi alma tu memoria
Conservo eterna, madre de mi amor!

Tu tierno corazón que en tu hija hallaba
La luz primaveral de sus delicias,
Ya no puede ofrecerme sus caricias,
Cayó augustal como en su tumba el sol.

Nadie en el mundo como tú me quiere
Ni ofrece su regazo á mi reposo,
Víctima de un destino borrascoso,
Ahogo en llanto mi dolor tenaz....!

En mi funesto desamparo quise
Una alma que á la mía comprendiera....
Creí ver despuntar la primavera
Y sólo sombras en mi torno hallé.

Cuan ligeras pasasteis, ilusiones,
Horas de dicha en las que fuí querida,
Dejando á mi alma mortalmente herida
Y entregada al pesar mi juventud.

Del Zamora á la orilla deliciosa
Se abre una flor modesta como bella,

La violeta predilecta de ella
Que aquí veo con honda conmoción.

¡Oh recuerdos de un bien idolatrado
Dejadme sacudir hoy mi amargura:
Como el joven corcel en la llanura,
Como las aves quiero libertad!....

Quiero subir á la gigante copa
Que alza á los ciclos la gentil palmera,
Cruzar el aire, recorrer la esfera,
Posar mis plantas en la faz del sol!

Mas no: María! protectora sombra!
Quiero á tu gloria consagrar mi vida,
Ser tuya, que tú el bálsamo en la herida
Derrames de mi inmenso corazón.

Quiero más, que me des seguro albergue
De tu Hijo Sacrosanto en el costado,
Do la vida dejar me sea dado
Reclinada en su seno paternal.

ROSARIO CARRIÓN BURNEO.



Variedades

Deberes para con nuestra inteligencia.—Los deberes para con nuestra inteligencia se reducen á estas dos cosas: desarrollar su sfacultades por medio del ejercicio, la aplicación y el estudio; y nutrirla con verdades sólidas y útiles.

La inteligencia no es una facultad simple, sino compuesta de las siguientes facultades: percepción, memoria, juicio, imaginación, y por último, la razón.

LA PERCEPCIÓN.—Es la facultad intelectual por medio de la cual conocemos las cualidades de los objetos, color, sabor, tamaño etc.; están al servicio de esta facultad los cinco sentidos corporales.

La percepción puede engañarnos, pero no es á la Moral sino á la Lógica á la que le toca darnos reglas para percibir bien.

LA MEMORIA.—Es la facultad intelectual por medio de la cual recordamos los objetos percibidos. La memoria es la más susceptible de desarrollo de todas las facultades, y puede aumentarse ó disminuirse en relación con nuestros buenos ó malos hábitos, y con el mayor ó menor ejercicio que de ella hagamos. Hay un

arte especial que tiene por objeto auxiliar enormemente la memoria natural; este arte se llama mnemotecnia.

EL JUICIO.—Es la facultad de poder formar ideas estableciendo relaciones por medio de la comparación. El juicio es el elemento del raciocinio. Conviene desarrollar esta facultad muy sólidamente.

LA IMAGINACIÓN.—Es la facultad por medio de la cual combinamos ideas de cosas reales ó imaginarias. Esta facultad es fuente de multitud de placeres, puesto que es la que en unión del sentimiento ha engendrado todas las bellas artes, pero es así mismo una facultad sumamente peligrosa, si no se la sujeta con las riendas del juicio, pues ha sido causa de que muchos hombres que la han poseído en grado excesivo hayan sido muy desgraciados. A esta facultad la llamó Malebranche, con justa razón, la loca de la casa, y como dice un autor, refiriéndose á ella, es necesario ponerle fuerte freno para que no desvaríe y se remonte demasiado en las regiones del ideal sin acordarse de que vive en nuestro planeta. En estos casos debemos hacer lo que recomienda un filósofo: poner á la imaginación no alas, sino plomo.

LA RAZÓN.—Es la facultad suprema de la inteligencia. Por la razón es que llegamos de lo conocido á lo desconocido, de lo particular á lo general; por la razón se han descubierto las grandes leyes de la Naturaleza; héchose los grandes inventos; creádose las industrias y formádose la ciencia.

Esta gran facultad debe pues cultivarse con verdadero amor y gran cuidado; á la lógica tócale dar las reglas para su desarrollo y educación.

LA MEDITACIÓN.—La meditación no es sino la aplicación detenida é intensa de una ó varias facultades intelectuales sobre determinado asunto. Para meditar hay que fijar la atención de una manera sostenida, tenaz y absoluta. Hay que abstraerse dentro de sí mismo. Toda clase de estudio y de lectura para que sea fructuoso, exige la meditación. Así, cuando se lee ó se estudia, si se tiene tiempo, es conveniente practicar el método seguido por Juan Bautista Vico, que consistía en leer tres veces seguidas una misma obra; la primera, para comprender la unidad; la segunda, para conocer el encadenamiento que, uniendo los diversos asuntos, constituye esa unidad; y la tercera, para admirar las formas del lenguaje y la belleza de las ideas particulares.

Una vez que hemos hablado de cada facultad intelectual en particular y del deber que tenemos de desarrollarlas todas simultáneamente, hablemos de un gran deber moral para con nuestra inteligencia, y que es de suma importancia para cumplir con nuestro destino en la tierra. Es el siguiente: como las facultades ó disposiciones intelectuales no son parejas en el hombre, sino que venimos á la vida con cierta predisposición para sobresalir en esta ó aquella facultad, debemos fijarnos en cuál es el don que la Naturaleza nos dió al nacer, para servirnos de él y poder sacarle la mayor ventaja posible al realizar nuestro destino en la

tierra. Conócete á tí mismo, es un consejo sabio y profundo que debe poner en práctica todo hombre que quiera ser feliz. Conocerse á sí mismo, quiere decir, entre otras cosas, saber si uno nació para pintor ó músico; para matemático ó médico; para abogado ó para artesano; para agricultor ó para mecánico; para maestro ó para comerciante. Observaos á vosotros mismos; procurad descubrir cual es la facultad que la Naturaleza se complació en daros al nacer; descubrid vuestra inclinación, y una vez estéis seguros de ella, aplicad durante toda vuestra existencia todas las fuerzas de vuestro espíritu á cultivar esa inclinación natural, y acabaréis por sobresalir en el arte, oficio ó ciencia para el cual vinisteis predispuestos, y adivinando vuestro destino, tenéis en las manos la llave principal de vuestra felicidad aquí en la tierra.

Después del desarrollo de la inteligencia viene el deber moral de la ilustración ó el saber. Tener el mayor número de verdades en nuestra inteligencia, conocer el por qué de las cosas; no ignorar los acontecimientos pasados y poder prever los futuros, tal es en conjunto lo que constituye la ilustración de la inteligencia del hombre. Todo eso se logra con el estudio; todo eso se comienza á aprender en la escuela; y se continúa después de salir de ella, con la lectura de los buenos libros.

Con respecto al saber hay que tener presentes y llevar á la práctica las siguientes reglas:

Primera: La ignorancia absoluta, no es el mayor ni el más terrible de los males; es mucho peor tener muchos conocimientos mal digeridos. Estas palabras son de Platón.

Segunda: Comienza á estudiar desde niño, pero aunque llegues á tener cien años, no dejes de aprender; y para ello ten presentes los siguientes datos, referentes á la edad que comenzaron diversos estudios estos hombres ilustres: Sócrates empezó á aprender la música á una edad muy avanzada; Catón á los ochenta años empezó á aprender el idioma griego; Plutarco empezó á estudiar el latín á los sesenta años de edad; Boccaccio tenía treinta años cuando empezó sus estudios en literatura, y llegó á ser uno de los grandes maestros en el dialecto toscano. Después llegó á ser un gran anticuario y abogado; Luis Monaldesh á la edad de ciento quince años, escribió las memorias de su época; Ogilby, el traductor de Homero y Virgilio, no conoció el latín y el griego hasta después de sus cincuenta años; Franklin comenzó asimismo á los cincuenta años sus investigaciones filosóficas.

La lectura de novelas es sumamente peligrosa.



NOTAS

Damos principio á esta sección de la Revista acusando recibo de un ejemplar nítidamente impreso en lujosa cartulina de la inspirada composición titulada «Una lágrima», escrita con ocasión de la muerte prematura de la bella y virtuosa señorita Rosa Mercedes

Baquero Páez. Esta nueva edición debida al hábil tipógrafo Sr. D. Angel de J. Iturralde, lleva el retrato de la extinta; y el hermoso romance elegíaco, que no desdeñaría de suscribirlo el autor de «Tabaré», es digno de la memoria de la musa que lo ha inspirado. Un cordial aplauso enviamos al simpático bardo Sánchez Baquero por tan sentida y notable producción.

Los «Albores Literarios», en su último número contiene, entre otras composiciones de mérito, la poesía «Ausencia» de nuestra inteligente redactora, señorita María Natalia Vaca. A ella alude la Dirección de esa Revista en la sección notas, en la que se insertan las palabras de aliento que le dirige la señora doña Mercedes G. de Moscoso por el artículo «Pobre María», que termina en la presente entrega. Con igual espíritu estimulador, el Sr. Fernández Córdova consagra también a la ingenua y tierna escritora unos versos que honran verdaderamente a la favorecida como a su autor.

La Academia de jóvenes de la Sociedad Filantrópica del Guayas, ha publicado un número extraordinario con el retrato del profesor, Sr. D. Luis A. Wandemberg, cuyo onomástico han celebrado sus discípulos con amor y entusiasmo. Importantes son los servicios que viene prestando a la juventud el expresado educacionista, desde que en el Colegio de Jesuitas de Quito desempeñaba la cátedra de Matemáticas. En Ibarra dejó buenos recuerdos en el Colegio de niñas y en el de San Alfonso, donde organizó el Gabinete de Física, compuesto de los aparatos pedidos a Europa por el benemérito Dr. D. Mariano Acosta.

Circula ya el elenco de la Compañía dramática *Perla*, que sin subvención del Gobierno, viene a proporcionar a la sociedad quiteña momentos de solaz con la representación de piezas escogidas. Que no sea corta esta temporada teatral es lo que deseamos, para provecho de la empresa y culto recreo de los que ven en esta clase de espectáculos una escuela de moral y de costumbres.

El Sr. Dr. D. Francisco Chiriboga B., en correcto y sentido poema, canta la *pasión juvenil* publicando muchos secretos que el corazón no ha debido ocultar. Dejamos para plumas más autorizadas el análisis crítico de este trabajo, cuya dicción poética y las demás bellezas que lo adornan nos han impresionado agradablemente. El Sr. Chiriboga es ya conocido con ventaja en el mundo de las letras, desde que con entonación lírica y unión cristiana elevó una plegaria a la Madre del amor hermoso, y mereció el tercer premio en el concurso promovido últimamente en Guayaquil. Nuestras sinceras felicitaciones por la nueva publicación.

La edición de «El Tiempo» de esta capital ha mejorado en estos últimos días, porque en ella se emplea mejor papel y tipos nuevos. Se nos ha informado también que la prensa mecánica traída de Guayaquil con este objeto por el propietario de la empresa, Sr. D. Luciano Coral, ha principiado a funcionar con buen éxito. De lo que nos contentamos en extremo, deseando que no nos falte el cangre.